

Béla Tarr

Rutina como respuesta a la decadencia del hombre
El caballo de Turín

¿Tampoco los puedes escuchar?

- ¿El qué?

Las carcomas, no lo estan haciendo. Los he escuchado durante 58 años. Pero ahora no los escucho.

El granjero, con solo un brazo y un ojo funcionales, llega a su casa.

La hija recoge las correas del caballo, y juntos empujan el carro en el establo. La hija, una vez el caballo dentro, cierra cada una de las puertas.

Recoge y empuja una piedra que aguanta la puerta abierta frente al viento imparable, y la cierra.

Así cuatro veces.

La hija saca una de las muchas patatas de un baúl, dando a pensar que es la principal comida que consumen.

Entonces, mientras las patatas se cocinan, se sienta y observa la ventana, durante un buen rato.

La ventana parece ser su mayor preocupación.

Inmóvil, observa el agresivo y violento viento golpear contra los viejos cristales.

El viento, parece también querer entender a la hija del viejo granjero.

El porqué de su destrucción, ambos por iguales. También, ambos igual de inocentes.

La ventana encuadra a la perfección los desolados montes, con un gran roble en la parte superior derecha. Sin hojas, quizá en la muerte, sigue mostrando su dominancia.

La hija del viejo granjero estienda la ropa recién lavada, mientras, él junto con sus blancos rizos y cubierto por una manta, mira el suelo, derrotado.

Es consciente del cierto cambio que su mera existencia produce alrededor.

Durante el monólogo del visitante, la cámara, el granjero y la hija, aún en medio de su rutinaria actividad, escuchan atentamente:

"Tuve que entender, y entendí, que estaba equivocado, estuve realmente equivocado cuando pensé que nunca ha habido y nunca habría ningún tipo de cambio aquí en la tierra. Porque creeme, este cambio ya ha tenido lugar."

El cambio, un cambio incesante pero tímido. El mismo cambio natural del viento arrastrando las hojas secas de algún árbol desfavorecido, poco a poco, por la desconsolada ladera del monte. El cambio es presente, siempre. El ser humano le teme quizá, por ser signo de una muerte próxima. Decidir ignorar el cambio ocurre sobretodo mediante la repetición constante. Cuanto más parecida es una repetición a la anterior, más seguridad transmite a la intranquila mente humana.

La hija sigue en la seguridad de la rutina, el hombre, en cambio, se acerca a la muerte, y consigo, la rutina de una vida entera empieza a descomponerse, El campo está desolado, los árboles que quedan se elevan desnudos y con el mismo triste aspecto que el viejo granjero. El viento llama a la puerta reclamando lo que es suyo. El caballo enferma y cada día empeora, y eventualmente, muere.

El caballo sirve de aviso, o mejor dicho, como principio del fin.

El caballo, es el mensajero de un mensaje aún mayor que su simple muerte.

Afrontar la lenta muerte del caballo, que es la gran mayoría del filme, es deprimente y desconsolador. Pero lo verdaderamente duro, es imaginar lo próximo. Lo siguiente a la pantalla de créditos al final de la película.

La oscuridad invade la casa del granjero, y nunca llegamos a ver si el sol se vuelve a alzar.

Ver el mundo del viejo hombre, pequeño pero hostil, ir desapareciendo poco a poco, es atemporal. Atemporal en el sentido de que recuerda quizá al egoísmo de una sociedad moderna. Un egoísmo basado en la explotación de un mundo que no le pertenece simplemente para complacer una rutina milenaria de ignorar el equilibrio para fomentar un sobre-crecimiento descontrolado. Poco a poco la oscuridad invade igual que el hogar del granjero, un pesimismo incurable. Olvidar la posibilidad de cambio. Olvidar que éste cambio vendrá si o sí, y lo único que puede hacer el ser humano es favorecerlo. Favorecerlo porque sino, nuestro mundo tan cómodo al que nos aferramos con tal fuerza, ira cayendo pieza por pieza, hasta su total desaparición, y nosotros quedaremos en la misma oscuridad eterna.